



Lit. de J. Donon. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

EGILONA.

EGILONA.

La poderosa monarquía fundada por los visigodos en España, después de una existencia de tres siglos toca á su término. Aquella raza, comprendida entre las que se designaban con el nombre de bárbaros, después de establecer en nuestro suelo una civilización más adelantada que la de los otros estados, que se habían dividido el destrozado imperio romano, ve acercarse el momento de su destrucción, sin que el ejemplo de la Señora del mundo detuviera á los Reyes y á los magnates, en la rápida pendiente á que les arrastraban sus vicios y ambiciones. Dividido el reino en bandos y parcialidades, defendiendo los unos á Roderico que había escalado el trono tumultuariamente, los otros conspirando en favor de la familia del monarca destronado: mirando estos al rey como un usurpador; el rey y sus palatinos á los partidarios de los hijos de Witiza, como enemigos declarados del reino, ardía la nación en discordias, pululaban las ambiciones, las revueltas y trastornos eran ya el estado normal de la monarquía; y ayudando á tanto desconcierto la inmoralidad más inaudita, caminaba la nave del estado á zozobrar en el piélago de sus mismos errores.

No era en verdad Rodrigo el monarca que podía detener con fuerte mano la próxima ruina, pues lejos de sujetar á su pueblo en la funesta pendiente, contribuía á precipitarle con sus imprudencias, sus liviandades, sus desórdenes y sus vicios. De corazón generoso y liberal, de firme carácter, de ánimo resuelto, de intentos osados,

dejó entrever halagüeñas esperanzas, al subir al trono, que bien pronto quedaron defraudadas. Aquella energía militar que hizo en otros tiempos tan temidas las armas visigodas, habiase ido enervando bajo el suave halago del lujo y la molicie; y Rodrigo arrastrado bien pronto por los mismos vicios de Witiza no podía conjurar la terrible tormenta, que mas allá del estrecho de Hércules se cernia sobre España.

Bajo tan tristes auspicios, por mas que el peligro estuviera oculto con el lujo y esplendor de la corte visigoda, émula de las de Roma y Bizancio, subió á compartir el trono de los godos, Egilona, que tantos pesares habia de sufrir con las continuas infidelidades de su esposo, con la pérdida de su reino, y con el triste fin de los escogidos de su corazón.

Bien pronto, y apenas pasados los primeros dias de su union conyugal, empezó á sentir la jóven Reina el abandono de aquel con quien la Iglesia la habia unido. En vano un dia y otro, con dulzura unas veces, con la energía propia de la dignidad ultrajada otras, procuraba apartar á Rodrigo del mal sendero por donde extraviado caminaba, atrayéndole al cumplimiento de sus deberes como Soberano y como esposo. El Monarca completamente entregado á su fatal destino, proseguia en su abandono, suelta la rienda á sus deseos y desmanes, ciego su espíritu para el presente y para lo porvenir.

La vida de Egilona en este primer periodo es una no interrumpida cadena de sufrimientos y desdenes, que sin embargo no fueron bastantes á entibiar el verdadero amor que sentia hacia su esposo ni á alejarla de la senda de los deberes conyugales.

Pero entre tanto que en el palacio de Toledo deplora el abandono de Rodrigo, y procura, aunque en vano, atraerle, acontecimientos de mas importancia para ella y para la nacion entera, preparábanse en las orillas gaditanas. Impacientes los enemigos del monarca por sacudir el yugo de su arbitrario mando, volvieron la vista á todas partes para buscar aliados que les ayudaran á consumir su reprobada empresa. Victoriosos los árabes por donde quiera en África, la fama

de sus triunfos cundió bien pronto por toda España; y los mismos que habian defendido contra ellos las fronteras del reino visigodo en nombre de Witiza, creyeron encontrar en aquel pueblo aguerrido y valiente, dócil instrumento para completar su venganza. Juzgaron que saciada esta, podrian desprenderse fácilmente de los medios que emplearan para conseguirla, sin tener en cuenta, que aquellos guerreros de tez morena y negros ojos, marchaban impulsados por un afán inquieto que nada era bastante á contener, y que llevaban escrito en el libro de su creencia, como principal precepto de su dogma, la guerra y la conquista. Así es que apenas tuvieron franqueadas las puertas de la Península los musulmanes, volaron á las costas de la Bética conducidos por Tarik-ben-Zeyad, lugar teniente de Muza, á quien los califas de Damasco tenian confiado el gobierno del Africa.

El ruido de aquella inesperada invasion pareció sacar á Rodrigo del letargo en que le tenia sumido el bastardo placer de sus amores y de sus venganzas; y mientras los enemigos difundian el terror por las tierras de Algeciras y Medina Sidonia, llegando hasta las márgenes del Guadiana, apresuróse á reunir sus ejércitos con ayuda de los Condes y Prelados, á los cuales se agregaron los mismos hijos y parciales de Witiza con su tio el metropolitano Oppas.

Corrian los últimos dias del mes de Julio del año de gracia 711. Toledo levantado en armas marcha á unirse con las cohortes que envian las ciudades y villas todas del Reino; y la desgraciada Egilona, olvidando en aquel dia el pasado abandono de su esposo, para llorar solo generosa y noble por su desgracia presente, vióle salir de la ciudad del Tajo al frente de sus soldados en carro de marfil á la usanza de los emperadores de Bizancio,

de oro la sien ceñida y mas dispuesto
al triunfo y al festin que á la pelea,

segun la enérgica espresion del laureado cantor de Pelayo.

Grande era la muchedumbre de soldados que acudieron de todas

partes á defender la amenazada patria; pero parecia como el mismo poeta añade que

el sucesor indigno de Alarico
llevó tras si la maldicion eterna;

y apesar de lo sangriento, largo y dudoso de la batalla, que libró contra los invasores en las estensas llanuras del Guadalete, habiendo renacido en aquel momento supremo el proverbial valor de los visigodos, al cabo de cinco jornadas arroja la traicion su horrible peso en la indecisa balanza del combate, y desordenadas las filas cristianas, el Monarca que solo habia sabido gobernar con el cetro de los tiranos, recuerda que es Rey para morir, y deja la corona y la vida con la gloriosa muerte de los héroes.

El resto de la fatal jornada fué solo un espantoso cuadro de mantanza y desolacion. Rotas armaduras y destrozados cuerpos cubrieron durante mucho tiempo aquellos campos, que inspiraron mas tarde á la melancólica musa de Fray Luis de Leon las sentidas estrofas de la *profecía del Tajo* en que se hallan estos versos

¡Cuanto yelmo quebrado!
¡Cuanto cuerpo de noble destrozado!

Así acabó en esta última batalla el viernes 31 de Julio de 711 la Monarquía de Ataulfo, de Recaredo y Wamba: así cayó derrumbado el imperio que parecia sólidamente sostenido, quedando despues de tan terrible dia «toda la tierra vacía del pueblo, bañada de lágrimas, cumplida de apellidos, huésped de los estraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda é asolada de los sus hijos, confundida de los bárbaros, desmedrada por llanto é por llaga, fallecida de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de conorte, asolada de los suyos... Olvidados le son los sus cantares, el su lenguaje ya tornado es en ageno, ó en palabra estraña... Las sus casas, é las sus moradas todas fincaron yermas é despobladas. La su honra, é la

su prez tornada es en confusion, ca los fijos é los sus criados todos murieron á espada. Los nobles fijodalgos cayeron en captivo. Los Principes é los altos homes idos son en deshonor y en denuesto: los buenos combatientes perdiéronse en estremo, é los que antes estaban libres, entonces se tornaron en siervos... El que fué fuerte y corajoso murió en la batalla; el corredor é ligero de piés, non guaresció á las saetas... ¿E quién daria á mi agua, con que toda mi cabeza fuese bañada, é mis ojos fuentes, que siempre manasen lágrimas, por que llorasen é plañesen la pérdida, é la muerte de los de España, é la mezquindad, é el terramiento de los godos? Aquí se remató la santidad é religion de los obispos, é de los sacerdotes; aquí quedó é menguó el abonamiento de los clerigos que servian las iglesias; aquí peresció el entendimiento, é el ensañamiento de las leyes de la santa fè, é los padres é los señores todos perescieron en uno... Toda la tierra astragaron los enemigos, é las casas hermaron, los homes mataron, las cibdades robaron é tomaron... Quanto mal sufrió aquella Babilonia, que fué la primera é mayoral en todos los Reynos del mundo, cuando fué destruida del Rey Ciro é del Rey Dario... é quanto mal sufrió Roma, que era Señora de todas las tierras, cuando la tomó é la destruyó Alarico, é despues Ataulfo, Rey de los Godos, é despues Genserico, rey de los vándalos; é quanto mal sufrió Jerusalem, que segun la profecía de nuestro Señor Jesuchristo, fué derribada é quemada, que non fincó piedra sobre piedra; é quanto mal sufrió aquella nombre de Cartago, cuando la tomó é la quemó Scipion, consul de Roma; dos tanto mal, é mas que aquesto sufrió la mezquina de España, desamparada, cá en ella se ayuntaron todas estas coitas, é tribulaciones...¹

Despues de la fatal batalla, cuyas terribles consecuencias pintó con tan sentidas frases, cinco siglos mas tarde el sabio Rey

Emperador de Alemaña que foé,

¹ Crónica de España por D. Alonso el Sabio.
TOMO I.